pero siempre y en todas partes sin fruto alguno para los perseguidores. Tres años y medio duró la persecucion, tanto como el poder de Valeriano, y tan horrenda fué que á un santo obispo de Alejandría pareciéronle aquellos tiempos los espantosos del Antecristo.

Pero ya los bárbaros llamaban con redoblados y furiosos golpes á las puertas todas del imperio; todas las fronteras estaban invadidas, y por la de Armenia penetraron otra vez los Persas, sucesores de los Partos, en Mesopotamia y Siria. Valeriano, dejando á su hijo la defensa de Occidente, se puso en marcha contra ellos; vencido en sangrienta batalla cayó en poder del rey Sapor (año 260), quien, con bárbara crueldad, hízole su esclavo y trofeo de victoria. Cargado de cadenas y vestido de púrpura el anciano é imperial cautivo ultrajado, vilipendiado, había de servirle de escabel al montar á caballo, y cuando, al fin, despues de nueve años de tan duro suplicio, murió de pena ó asesinado, su pellejo, relleno de paja y pintado de rojo, quedó colgado en un templo de Ásia donde por muchos años fué horrible baldon para la soberbia y perseguidora Roma y pavoroso monumento de la justicia de Dios.

El cautiverio de Valeriano inició una suprema crísis: la unidad del imperio se deshizo; cada ejército, cada provincia proclamó para sí un César, y treinta tiranos (así se les ha llamado) arrebataron cada uno un giron de la púrpura romana. Galerio, hijo del César cautivo, era en tanto aclamado emperador; su primer acto fué suspender la persecucion contra los cristianos, y así en Roma, merced á esta benevolencia, como en las provincias donde los llamados tiranos no tenían espacio ni ocasion sino para defender su efímero poder, la Iglesia continuó en sus conquistas, sobre todo en las legiones.

Esta paz dejó de serlo cuando al asesinado Galerio sucedió Claudio, llamado el Gótico, elegido por los soldados (año 268), y más todavía se convirtió en guerra dos años despues al reaparecer victoriosa y concentrada la unidad cesárea en manos de altivo y duro general nacido en las márgenes del Danubio. Aureliano se llamaba; de su madre, sacerdotisa del sol, había recibido entusiastas aficiones paganas; era admirador y seguidor de los cultos orientales, y restableció en Roma al expulsado dios Elagabal. Vencido por los Marcomanos en las inmediaciones de Plasencia, introdújose la consternacion en la capital: hablóse de abrir los libros sibilinos, de celebrar las Ambarvalia y de recurrir á cuantos medios prescribía la tradicion á fin de aplacar á los dioses y reanimar el valor del pueblo. Pero había en el Senado muchos excépticos y ademas no pocos cristianos, y como esto hacia que no se mostrase muy solícito en adoptar tales medidas, escribió airado el emperador desde su campamento, diciendo á los senadores:

«¿Estais por ventura en una iglesia cristiana ó en un templo de los dioses? Si lo último ¿por qué vacilais en consultar los libros sibilinos? Para aplacar á los dioses ¿deseais cautivos de pueblos distintos? ¿Quereis víctimas de las haciendas imperiales? Hablad, todo lo pongo con alegría á disposicion vuestra.»

En virtud de las terminantes órdenes del César, el Senado pareció volver á los tiempos de fervor pagano: abriéronse los libros sagrados, y á tenor de sus prescripciones verificáronse complicadas ceremonias. Fué una de ellas ofrecer en ciertos puntos de los caminos que guiaban á Roma, con objeto de hacerlos insuperables para los bárbaros, sangrientos sacrificios. Segun antigua usanza que Domiciano había practicado y que, conforme, queda dicho, Adriano pudo prohibir pero no abolir, algunos Griegos, Galos, Germanos y otros fueron enterrados vivos en el Foro y en varios puntos de la ciudad.

De tan ardiente pagano como el nuevo César no podía la Iglesia esperar sino rigores, y en efecto, despues de varias sentencias y ejecuciones parciales que regaron con sangre cristiana la tierra que atravesaba en sus rápidos viajes de una á otra frontera, quiso el César con solemne edicto desencadenar la persecucion en todo el mundo romano y renovar aquellos furores administrativos que Dios castigara con terribles golpes en las personas de Decio y Valeriano. Redactado y extendido el edicto, disponíase Aureliano á sancionarlo con su aprobacion cuando cayó un rayo junto á él y le paralizó el brazo derecho por algunos dias. Asustado por el terrible aviso quedó la persecucion en suspenso; pero pasado algun tiempo, más y más cegado por su pasion funesta, olvidó lo sucedido; el edicto fuéle de nuevo presentado, y esta vez quedó aprobado.

Sin embargo, en tanto las sangrientas é imperiales órdenes corrían por el imperio sembrando el terror y la muerte, ántes que hubiesen llegado á las provincias más distantes, Aureliano, víctima de un asesino, comparecía ante el Juez supremo (año 275), dejando, como sus antecesores todos, cada vez más comprometida la causa del paganismo.

Con su muerte cesó la persecucion sin que la renovasen sus efímeros sucesores hasta que con el dálmata Valerio Diocles, llamado Diocleciano desde su advenimiento al solio (año 284), llegó para la Iglesia el supremo y último combate que, poniendo término á una guerra de tres siglos, había de dar al fin el triunfo á la verdad. La persecucion de Diocleciano quedó en la memoria de los hombres como la más sangrienta proscripcion impuesta por la tiranía á la justicia y al bien; varios pueblos contaron sus años á contar de este triste reinado, y le dieron el nombre de era de los mártires.

Fué Diocleciano, como muchos antecesores suyos, un soldado rudo y de poca instruccion, de escasa empresa como guerrero, flojo en su voluntad como soberano, pero, como político, inteligente y sensato. Tuvo sobre varios de aquéllos la ventaja de llegar á la púrpura dando la muerte, no á su predecesor, sino al asesino de éste,

y su elevacion al poder puede considerarse como una protesta contra la soberanía del puñal. Por modelo se propondrá, no á Augusto, por más que continúe llevando su nombre, sino á los monarcas deificados de Oriente. Como á éstos se le llamará *señor y dios nuestro;* será un Jovio, esto es, un hijo ó primo de Júpiter, descendido del Olimpo á la campiña de Heraclea, y más que ninguno de sus soberbios antecesores creerá tener en sí propio su principio y su ley. Asiáticos fueron los emblemas y la pompa con que rodeó su majestad soberana, y quiso que quien se le acercase le adorase á la usanza persa, es decir, tocando con la frente al suelo.

Esto no obstante, no dejó de procurar con cierta sagacidad los medios de hacer inaccesible el imperio á las conjuras de palaciegos y soldados; comprendió que en la unidad absoluta á que había alcanzado estaban su instabilidad y flaqueza, pues con un solo emperador, con una sola capital de la que dependian los destinos del mundo, con un solo ejército superior en influencia á todos los demás, con un solo prefecto del pretorio que de él disponía, había de ser muy tentadora para ese ejército y ese prefecto la idea de derribar á aquel emperador. Ademas, poderosos como se mostraban los bárbaros en todas las fronteras, el príncipe, colocado en el centro, estaba muy lejos para hacer la guerra por sí mismo, y sucedía que de no hacerla había de ver como se engrandecían y triunfaban y alcanzaban gloria los mismos generales destinados quizas á acabar con él para sucederle.

Con objeto de quebrantar tan peligrosa unidad dividió Diocleciano su imperio primero en dos partes, y luego, considerando los buenos resultados obtenidos, en cuatro, cada una de las cuales tenía que defender una frontera especial. Las Galias y Bretaña hacían frente á Francos y Sajones; Italia, á la que iba unida el Africa y quizás España hubo de custodiar el paso de los Alpes Nóricos, tantas veces atravesado por las naciones del otro lado del Danubio; la Tracia, Grecia, Iliria y las provincias ribereñas del Danubio defendían este rio contra Godos, Alanos y Escitas; finalmente, las grandes provincias orientales oponíanse al poderío del imperio persa y guardaban la frontera del Éufrates. Hubo, pues, cuatro imperios, cuatro capitales, cuatro grandes ejércitos, cuatro prefectos del pretorio, y por último cuatro emperadores, subordinados unos á otros; dos Césares inferiores á dos Augustos, y uno de éstos, por lo reciente de su cargo, inferior á Diocleciano, de quien lo recibiera. Las treinta y ocho provincias antiguas se convirtieron en noventa y seis, formando doce diócesis. Al frente de cada una de éstas había un procónsul ó vicario; mandaba la provincia un gobernador, y despues de éste, en vez de los poderes municipales únicos que ántes existían, creóse una jerarquía política y fiscal de cada dia más numerosa y complicada, pero dependiente toda ella del príncipe, augusto ó césar que imperaba en cada uno de los grandes distritos. Desde entónces, para realizar una gran revolucion, no bastó con sublevar un ejército, dominar en una capital y dar la muerte á un príncipe; siempre quedaban tres ejércitos, tres capitales, tres príncipes para oponerse á la empresa.

De estas regiones Diocleciano conservó para sí el Oriente y estableció su capital en la ciudad asiática de Nicomedia. Maximiano, adusto soldado, audaz, cruel, supersticioso, pero entendido en asuntos de guerra, imperó en Occidente con el carácter de Augusto (año 285), y tuvo su ordinaria residencia en Milan. Así como Diocleciano Jovio, él fué llamado Hercúleo. Césares lo fueron, en Occidente, Constancio Cloro, bajo cuyo inmediato gobierno estuvieron las Galias y Bretaña, y en Oriente C. Galerio, gobernando Grecia, Tracia y las provincias danubianas (año 293).

Maximiano fué el primero en renovar el combate entre el paganismo y la fé cristiana. Los campesinos de las Galias, exasperados por los crecientes tributos, se levantaron en armas á espaldas de los soldados que marchaban al Rhin, y para caer sobre los alzados, á los que se dió el nombre de Bagaudos, pasó Maximiano los Alpes y llegó á Octodurum, punto de reunion de sus legiones. Era una de las llamadas la conocida con el nombre de tebea, por ser la Tebaida el punto de su habitual residencia y reclutarse entre los naturales de aquella tierra; los seis mil hombres de que constaba eran todos cristianos y gozaban fama en el ejército de ejemplares y valerosos guerreros. Mandábalos entónces el primicerio ó primer centurion Mauricio, pues Segundo, su capitan, una de las víctimas que en todo tiempo sellaban con sangre su fé, había padecido martirio poco hacía por haberse negado á ofrecer un sacrificio á losdioses. Fuese ó no cierto que hubiese alguna conexion entre los Bagaudos rebeldes y los cristianos, ello es que Maximiano así pareció creerlo cuando al llamar las legiones á Octodurum habló de cristianos en armas. Otra version supone que en la convocatoria anunciaba un solemne sacrificio ántes de entrar en campaña, y ya fuese lo uno ó lo otro, Mauricio, negándose á pasar adelante, mandó á la legion hacer alto en Agaune.

Allí recibe, tambien inútilmente, nueva órden del general, quien en su saña contra el nombre cristiano y enterado de la causa de la resistencia, dispone que la legion sea diezmada. Así se ejecutó una y dos veces sin lograr vencer la fé de aquellos esforzados guerreros, y Mauricio, en su nombre y en el de la legion, escribió á Maximiano esta carta:

«Tus soldados somos ¡oh emperador! pero somos al propio tiempo servidores de Dios... Nuestro deber está en obedecerte, pero jamas hasta el punto de renegar de Dios, criador nuestro, y quiéraslo ó no, criador tuyo. Con nuestra obediencia puedes contar siempre que no nos sujetes á la triste necesidad de ofenderle; sino, ántes obedecerémos á Él que á tí... Primero que jurar fidelidad á los príncipes se la juramos á Dios; de faltar como quieres á nuestro anterior juramento ¿qué confianza habría de merecerte el segundo?... A los compañeros de nuestros trabajos y peligros hémosles visto caer acuchillados; su sangre ha llegado á salpicarnos; pero no hemos llorado por su muerte, ántes envidiamos su ventura por haber sido juzgados dignos de padecer por Dios nuestro Señor. No creas que la última extremidad en que nos colocas nos haga rebeldes; la desesperacion que tanta audacia comunica en los trances supremos, no nos hará blandir contra tí las armas. A matar preferimos morir, y á vivir culpables morir inocentes. Dispon lo que te plazca, pues dispuestos estamos á sufrirlo todo.»

Y cumplieron su palabra. Cuando Maximiano, en el colmo del furor, hubo decretado el exterminio de la legion, aquellos miles de hombres, con las armas en las manos y acostumbrados á servirse de ellas, teniendo á poca distancia el refugio de desfiladeros casi inaccesibles, no opusieron la menor resistencia. Uniendo hasta el fin la firmeza del cristiano con la obediencia del soldado, algunos apelaron á la fuga; los más recibieron impávidos el golpe de muerte y cayeron en filas unos sobre otros, exhortándose á una buena muerte y tiñendo con su sangre las aguas del Ródano. Maximiano se encarnizó en los fugitivos de la legion lo mismo que en algunas cohortes que de ella destacadas ocupaban los alrededores: todos fueron bárbaramente inmolados.

Persecucion que con tal saña empezaba, puédese juzgar lo que sería.

El horrible suplicio impuesto á la legion tebana se reprodujo varias veces en los dominios de Maximiano, y tambien el césar Galerio, al atravesar las provincias de Ásia para marchar contra el rey de Persia, llevó la persecucion consigo, y sobre todo en el ejército corrió con abundancia la sangre cristiana.

No obraba así el césar Constancio; sobrino del emperador Claudio, su natural distinguido y su penetrante inteligencia le hacían superior á la rusticidad agreste y militar de sus colegas. Era, como Diocleciano, hombre de escasas letras, pero sensato, inteligente y dueño de sí mismo, y le aventajaba en actividad y energía. En él, más que en el primer Augusto, predominaban la aficion á lo grande y el sentimiento de lo justo. En sus dominios, pues, habían cesado los suplicios de cristianos, las iglesias florecían y el número de fieles iba sin cesar en aumento.

Parecida conducta en este punto observaba aun Diocleciano, á quien su prudencia, ya que no su equidad, aconsejaba no ir á estrellarse inútilmente contra la roca del Cristianismo. Sin fé ninguna en sus dioses, sin ser por naturaleza sanguinario, mostróse en los primeros años tolerante, y aunque circunspecto y tímido no gustaba de proclamar muy alto sus actos y su voluntad y no imponía expresamente la tolerancia á sus agentes, practicábala él por sí: su palacio estaba lleno de cristianos, y cristiana era su esposa Prisca lo mismo que su hija Valeria. Eusebio, que vivió en Oriente bajo el cetro de Diocleciano, describe la paz y la prosperidad de las iglesias reinando el mismo que había de ser á poco su implacable perseguidor. Cristianos eran algunos gobernadores de las provincias y habian sido dispensados de las ceremonias paganas en contradiccion con su conciencia; los obispos veíanse honrados hasta por los magistrados, y en Oriente y Occidente ni vestigio quedaba ya de los monstruosas acusaciones con que fueran perseguidos en los siglos anteriores. El creciente número de fieles hacía más patente á todos la virtud de la nueva doctrina y las excelentes calidades de sus seguidores, al tiempo que los pueblos se disgustaban más y más de los impuros brebajes que hasta entónces habían llevado á sus labios, y apetecían mojarlos en la copa de la verdad. Al paso que el paganismo decaía en el concepto público el cristianismo, antídoto de aquella ponzoña, era de cada dia más conocido y aceptado.

Así, pues, Diocleciano y Constancio, en las provincias de su dominacion, dejaban á los cristianos en libertad, comprendiendo que doctrina que tal grado de autoridad y fuerza había alcanzado entre grandes y pequeños, no sólo entre los buenos sino entre los mejores, debía por necesidad ser tolerada; que separar de la vida civil y del ejército, como sucedia en las épocas de persecucion, á una tercera parte sino á la mitad del número total de ciudadanos era en todas ocasiones un acto de locura, y en la situacion en que el Imperio se hallaba, un suicidio. Uno y otro verían sin duda con pena la ceguera de sus colegas, miéntras que éstos, en su furor pagano, acusabanlos de tibieza y suspiraban por una persecucion universal, achacando la ineficacia de las anteriores á no haber tenido aquel carácter en el grado que ellos meditaban y que por desgracia realizaron.

En efecto, las pasiones y la lógica del error pudieron más que la prudencia de Diocleciano, cuyo primitivo ascendiente comenzaba á declinar ante la fiereza militar de su yerno Galerio. Despues de muchas vacilaciones, consintió el envejecido Augusto en expulsar á los cristianos del palacio y del ejército; pero Galerio, que atravesando el Bósforo había llegado á Nicomedia, no se contentó con ello y exigió más.

«—Reúnase el consejo,» dijo Diocleciano; y congregados varios magnates y magistrados, prevaleció en ellos el deseo de complacer al fogoso César; los cristianos fueron condenados.

»—Consúltese á Apolo de Mileto,» añadió el Augusto, y consultado el dios ratificó la sentencia.

Diocleciano cedió al fin, pero no del todo. Exigía Galerio que se impusiera á los cristianos todos la obligacion de sacrificar á los dioses y que fuesen quemados vivos cuantos á ello se negasen.

«—No, dijo su suegro; no quiero suplicios. Limité-

monos á destruir las iglesias y á quemar los libros cristianos.»

Y el dia 7 de las calendas de marzo (23 de febrero de 303), fiesta del dios Término, el prefecto de Nicomedia, con una cohorte de soldados, se dirige á la iglesia cristiana, busca sin hallarla la imágen del Dios allí adorado, se apodera de los libros santos, y devasta y destruye cuanto encuentra. Desde el balcon de palacio contemplan Diocleciano y Galerio la iglesia, situada en un punto elevado de la ciudad; quiere éste que sea entregada á las llamas; aquél, para que no se comunique el fuego á las casas inmediatas, manda que sea demolida, y los pretorianos, armados de picos, atacan el sagrado edificio, del cual, á las pocas horas, no queda piedra sobre piedra.

Al mismo tiempo se publicó y se envió á las provincias un edicto disponiendo la demolicion de las iglesias y la destruccion de los libros santos. El cristiano que persevere en su fé, si está revestido de dignidad, será despojado de ésta y quedará sujeto al tormento al igual que un esclavo; el cristiano de condicion vulgar que se niegue á sacrificar, será reducido á esclavitud. Los cristianos no podrán entablar accion alguna en justicia; las querellas aducidas contra cristianos serán admitidas sin exámen.

Aunque estas penas eran muy parecidas á la de muerte, Galerio no se da por satisfecho. Un incendio ocurrido en palacio proporciónale ocasion de acusar á los cristianos de siniestros y criminales proyectos, y aunque Diocleciano duda, comienza á tener miedo. A los quince dias un nuevo incendio cuyos autores, lo mismo que los del anterior, no fueron descubiertos á pesar de las más rigurosas pesquisas, decide al Augusto á decretar la muerte de los cristianos en el recinto de Nicomedia, dis-

Fig. 733.—Anfiteatro romano en Verona.

poniendo que los numerosos cadáveres fuesen arrojados al mar para evitar, dijo, que sean adorados por sus compañeros.

Sublevaciones populares en Armenia y Siria, aunque del todo agenas á la causa cristiana, aumentan los temores de Diocleciano y son nuevas armas de que se vale Galerio contra los odiados cristianos. Otro edicto dispone el encarcelamiento de todos los obispos, presbíteros, lectores y exorcistas y horribles torturas para los que no apostaten de su fé. Los tormentos ocasionaron á los más la muerte; pero esta pena no se aplicó todavía.

En noviembre de aquel mismo año 303 los dos Augustos se encontraban en Roma, ciudad á la que uno y otro parecían tener particular aversion. Allí acabaría Maximiano de desvanecer los últimos escrúpulos del anciano emperador, y éste, de vuelta á Nicomedia, dominado del todo por la supersticion y el miedo, puso el sello imperial en un postrer edicto (año 304), ordenando á todos sin distincion de sexo, de clase ni de residencia sacrificar á los dioses bajo pena de muerte.

En todas las provincias romanas, excepto en las sometidas directamente á Constancio, tuvo el decreto puntual y riguroso cumplimiento; el combate fué, pues, universal y en cada region se repitió mil veces.

A este combate, que unos y otros conocían como por instinto deber ser el decisivo, llevó el imperio todo su poder, la Iglesia todo su heroismo. Ninguna persecucion fué como esta tan meditada, tan hábilmente progresiva en sus crueldades, tan sangrienta cuando la sangre quedó siendo su postrer recurso. Todos los circos y anfiteatros del imperio presenciaron en horrible número escenas análogas á á la descrita en el martirio de Ignacio; jóvenes, ancianos, niños, matronas y doncellas eran empujados á la sangrienta arena, y la mayor parte con los brazos extendidos en forma de cruz, entonando cánticos ó murmurando fervorosa oracion, sin asomo de temor ni sobresalto, inmóviles en el sitio en que los soldados los dejaran, aguardaban á pié firme á los osos y leopardos que, con espantosos rugidos, se precipitaban entre el inerme grupo. A todo se apeló y á nada se dió descanso: las fieras, el hacha, la sierra, la hoguera, la cruz, los lechos abrasados, el aceite hirviendo, los hierros enrojecidos, los indómitos potros, las sumersiones, cuantos tormentos y géneros de muerte pudo inventar la crueldad de una época que no se distinguía por la suavidad de los suplicios, todos se emplearon contra los cristianos. Ejemplos hubo de haber retrocedido, como amansadas, las fieras, de haberse rendido fatigados los

verdugos y de haberse embotado los aceros á fuerza de cortar ántes de concluir el número de víctimas destinadas al glorioso sacrificio. Fué aquella para la nueva, poderosa y centralizada administracion ocasion de acreditarse, y demostró en efecto que los procónsules de Trajano y Marco Aurelio, aislados y casi independientes, se habían quedado muy atras en la obra destructora. De esta persecucion puede decirse que contó ménos que ninguna con el estímulo y apoyo de la pasion popular: raras veces intervino en ella el pueblo para denunciar ni excitar á los jueces y sayones, y alguna, por el contrario, como sucedió en Tarsis, se le vió, compadecido de las víctimas, manifestar en altas voces su horror é implorar gracia. En cambio, nunca como entónces, dicen los autores paganos, habían ascendido á las sillas curules de los tribunales proconsulares magistrados más ruines é ineptos, hombres ménos respetados.

El césar Constancio, hemos dicho, fué el único que, aunque no del todo, se negó á cumplimentar los crueles edictos: los que ordenaron la demolicion de las iglesias y la destruccion de los lugares sagrados recibieron ejecucion en sus estados como en todas partes; pero los verdaderos templos de Dios, dice Lactancio, los fieles fueron respetados. Al recibirse el último disponiendo la muerte de los cristianos, presenció el alcázar de Tréveris una escena muy distinta de las que ensangrentaran el palacio de Nicomedia. A todos, dignatarios y capitanes, propuso Constancio la eleccion entre su cargo y su creencia; declarado que hubieron su fé, dispuso que los fieles formasen á un lado y los apóstatas en otro, y dijo á unos y á otros:

«—Vosotros, infieles á vuestro Dios, mal serviríais al emperador; salid, pues, de mi servicio. Vosotros, empero, que leales á vuestros juramentos guardaréis tambien el que me teneis prestado, quedaos conmigo, pues os tengo por mis servidores más adictos.»

Así, pues, no se derramó sangre cristiana en aquella parte septentrional de las Galias sujeta inmediatamente á Constancio. En tanto corría á ríos en la frontera de aquellos dominios, citándose á Daciano, presidente de las provincias de España y de la Galia Narbonense, como uno de los más encarnizados perseguidores. Tambien en la Gran Bretaña ocurrieron algunos suplicios.

La horrible persecucion se prolongó por lo que toca á la mayor parte del imperio por espacio de diez años: calcúlese, á ser posible, el número de mártires que produciría. Eusebio, sin más noticias que las de Oriente, refiriéndose á diez y siete provincias, cuenta diez, veinte, cien suplicios en una sola y en un solo dia, y monumentos de siglos posteriores hablan de diez y siete mil en un solo mes.

Testimonio de la horrible matanza fué tambien el emperador Constantino, el cual dijo «que no se tuvo respecto de ciudadanos ni siquiera el grado de humanidad que se tiene para con los enemigos,» y añadió: «Ante tales horrores lloró la tierra, sangriento velo se extendió por los aires, y se oscureció la luz del dia.» Pinta á los cristianos hallando en tierra de bárbaros un asilo para sus personas y una libertad para su culto que les negaba su patria, y exclama: «¡Gran vergüenza para los Romanos! Si nuestros soldados hubiesen dado muerte á tantos bárbaros como cristianos han perecido á manos de los verdugos, la salvacion del imperio quedaría para siempre asegurada.»

Estos eran en el año vigésimo primero de Diocleciano (305) los dolores y padecimientos de la iglesia

Fig. 734.—Anfiteatro romano en Arles.

cristiana, horribles como nunca habían sido, y sin embargo, distaban mucho de tocar á su término. Lo que acababa era la prosperidad del imperio de Diocleciano, lo que iba á concluir era la série de victorias contra los bárbaros, el bienestar material de que la sociedad romana había disfrutado bajo el cuádruple imperio de Diocleciano y sus colegas.

Desde el dia en que contra su deseo ligó la suerte de su gobierno á la del paganismo espirante, Diocleciano experimentó el merecido castigo: enfermo, ofuscada su razon ántes sagaz y penetrante, cayó en profundo desaliento, y sin resistencia abandonó al ambicioso Galerio un poder que sentía paralizado por una fuerza superior. Maximiano le imitó mal su grado, y elevados á la dignidad de Augustos Constancio y Galerio, en Nicomedia y en Milan fueron respectivamente revestidos por manos de Jovio y Hercúleo con la púrpura cesárea Maximino Daya, pastor semi-bárbaro, sobrino de Galerio, y el ilirio Flavio Severo, oscuro soldado únicamente conocido por sus pésimas costumbres, su hechura y criado sumiso (año 305). Por voluntad de Galerio, que aspiraba á la supremacía en la tetrarquía, fueron elegidos los nuevos césares fuera de las familias reinantes, eliminando á Maxencio, hijo de Maximiano, y á Constantino, que lo era de Constancio

Cloro; pero aquellos planes quedaron frustrados cuando el jóven Constantino, comandante de una legion en Nicomedia donde procuraba Galerio retenerle, pudo evadirse y llegar á la ciudad de Eboracum (Yorck) para recoger con el último aliento la herencia de su padre, aunque solo con el nombre de césar (año 306), y cuando la ciudad de Roma, alzada contra las pretensiones fiscales de Severo, confirió la púrpura imperial á Maxencio.

Contaba Constantino treinta y un años, y animoso, leal, de elevada inteligencia y de austeras costumbres, virtud muy rara en aquellas cortes disolutas, prometia alcanzar áun más renombre que su padre. El uso primero que hizo de su poder fué consumar la pacificacion de las Galias otorgando oficialmente á los cristianos una libertad de que hasta entónces sólo por tolerancia y como por excepcion disfrutaran. Sin querer intervenir de un modo directo en las sangrientas querellas que se debatian entre Maxencio, sostenido por su anciano padre Maximiano, y Galerio, entre Galerio y Daya, el cual se negaba á reconocer á Licinio, nombrado por aquél sucesor del asesinado Severo (año 307), Constantino, el único entre los cinco príncipes cuya fama iba creciendo al paso que para los demas llegaba la hora del descrédito, consagraba sus fuerzas todas á la defensa del imperio en su más combatida frontera, y de este modo miéntras Italia y el Oriente todo eran desgarrados por las guerras y los suplicios, España, las Galias y la Gran Bretaña gozaban de completo sosiego, tanto que en Iliberis, dicen algunos autores, pudieron reunir los cristianos el primer concilio entre todos los del mundo.

Pero áun cuando la persecucion continuaba en las demas provincias del vasto imperio, aunque, humanamente hablando, no pudiese considerarse segura, ni mucho ménos, la victoria del Cristianismo por más que apareciese triunfante en los suplicios por su verdad contra la fuerza de sus enemigos, acercábase para la Iglesia el término de sus tormentos. Antes, empero, llegó la del castigo para sus principales perseguidores.

Maximiano, que huyendo de su propio hijo, hallara asilo en la corte de Constantino, conspiró contra éste y meditó su muerte: encarcelado, ahorcóse del techo de su calabozo (año 310). Extraña y horrible enfermedad cebábase en el torturado cuerpo de Galerio; sus carnes caían á pedazos, de ellas se exhalaba pestilente hedor, y para tener quien le asistiese fué preciso conminar con pena de muerte á los médicos y servidores que le abandonasen. El enfermo hacía consultar á Apolo y á Esculapio, pero todo en vano; aquellos oráculos no acertaban con un remedio para aquel que les ofreciera tan sangrientas hecatombes. Vencido por el dolor, como si conociera y confesara poco ántes de espirar que el Dios de los cristianos había extendido su brazo sobre él, publicó un singular edicto en que, comenzando por tratar á los cristianos de rebeldes, acaba por mandarles que rueguen al cielo por la conservacion de su vida (año 311).

Así murieron los Caifas de aquella cruenta pasion; ¿qué fué de su Pilatos, de Diocleciano que la decretó por miedo? Retirado en su palacio de Solona, á orillas del Adriático, la enfermedad que le aquejara ántes de su abdicacion hízole perder el juicio y sólo á intervalos lograba recobrarlo; cuando esto sucedía le atormentaban punzantes pesares. Durante algun tiempo fué respetado por aquellos que le debían su elevacion; llamábanle en un principio *Augustus senior;* mas á poco vió que las ambiciosas pa-

Fig. 735.—Constantino el Grande.

siones que él contuviera se desencadenaban otra vez, y que las guerras civiles se encendían con nuevos furores. Ultrajes y amenazas no tardaron en llegar hasta él, sus y últimos años transcurrieron en incesantes amarguras. Su mujer é hija fueron perseguidas y desterradas, supo que hacían desaparecer su nombre de los edificios públicos y que sus estatuas eran derribadas, y créese que desesperado puso fin á sus dias con un veneno ó se dejó morir de hambre.

El edicto de Galerio, grito de dolor que parece salido de las entrañas mismas de la sociedad pagana al llamar en su auxilio á un Dios por tanto tiempo detestado, no fué más que corta tregua en el rudo combate; si Maxencio en Italia y despues en África no había cesado de ordenar numerosos suplicios de cristianos, Maximino Daya, en Ásia, no tardó en renovar la persecucion con todos sus horrores.

Pero el desenlace se acerca; instante solemnísimo en la historia es aquel en que el imperio romano se inclina ante la cruz que por espacio de tres siglos ha proscrito, en que por vez primera confiesa un soberano

desde el solio la verdad del Cristianismo. Grandioso destino el del príncipe llevado por la sazon de los tiempos á prestar á Dios ese magnífico homenaje; gran dia entre todos glorioso para la humanidad aquel en que el señor del mundo (si ha habido hombre que haya podido llamarse así) reconoció y acató sobre él otro Señor y puso su efímera realeza de un dia como escabel de la realeza eterna de Dios.

La guerra entre Constantino y Maxencio fué el medio de que se valió la Providencia para llegar á tan trascendental acontecimiento.

Maxencio había reducido á su dominacion el África que le disputara el gobernador Alejandro, y engreido con su victoria, fiado en las veteranas legiones de su padre, en los pretorianos de Roma y en los antiguos soldados de Severo, lo cual formaba numeroso y aguerrido ejército, no vaciló por más tiempo en hacer pública la enemiga que de antiguo abrigaba contra el César de las Galias. Para vengar, decía, la muerte de su padre, por él mismo destronado y á quien entónces deificaba, mandó derribar en Roma las estatuas de Constantino, lo cual equivalía á declararle la guerra.

A fin de prepararse para una lucha hacía tiempo prevista, uno y otro adversario habían buscado alianzas. Constantino entró en tratos con Licinio, que mandaba las provincias del Danubio y del mar Egeo, y con Maximino Daya Maxencio: de un lado estaban los dos príncipes tolerantes, pues Licinio hasta aquel momento no había tomado gran parte en la persecucion, y del otro los dos perseguidores.

Así, pues, cuando Constantino, vencedor de los Francos, miraba ya la nueva guerra como inevitable y se ponía en marcha al encuentro de su enemigo, era natural que al pensar en el azaroso resultado de la crísis y en quiénes podían ser sus aliados y quiénes sus adversarios, se ofreciese á sus consideraciones el asunto entónces candente del cristianismo. Así él como su padre, al amparar á los cristianos, habían obedecido á una política sensata al propio tiempo que á un sentimiento de humanidad y justicia: al atraer á su causa á hombres que si bien estaban aún en minoría en la sociedad, eran leales, valientes y á pesar de todo respetados, no por ello habían lastimado á la mayoría que, á fuerza de presenciar el espectáculo de persecuciones tan atroces como inútiles, se había hecho más humana y tolerante. Con ello habían dotado á sus pueblos de la paz interior sin dejar de ser populares.

Pero ¿convenía á Constantino pasar más allá, hacerse cristiano y proclamar, no sólo la inocencia de los cristianos, sino tambien la verdad del cristianismo? ¿Era prudente despojar la potestad y la persona imperial del prestigio, por débil que fuese, que entre los paganos podía comunicarle el culto de los falsos dioses y desterrar á éstos de la corte, del Senado y del ejército? ¿Lo consentiría la mayoría pagana? Nuevo título habría de ser aquel á la gratitud y adhesion de los cristianos; pero ¿acaso podían éstos serle más adictos y leales? Soldados de Maxencio ¿se alzarían contra él sólo por ser cristiano su adversario? Soldados de Constantino ¿podrían darle más que su sangre, que estaban ya prontos á derramar por él? A Constantino pertenecía ya el amor de los cristianos y se exponía á perder el de los gentiles, de manera que en circunstancias tales, al decir de todos los autores, la conversion, como idea política, era á todas luces más que arriesgada imprudente.

Pero no eran sólo las ideas políticas lo que ocupaban la mente del jóven Augusto (todos los príncipes llevaban este nombre) en su marcha hacia los Alpes, rodeado de sus capitanes; alzando el pensamiento á mayores alturas, investigaba en qué podía consistir lo que puede llamarse política de Dios, y las causas de que precipitara á lo más hondo á unos y exaltara á altos destinos á otros. Los príncipes sus antecesores cifraron su confianza en las numerosas deidades del Olimpo, y sus oráculos les habían mentido; en su auxilio no había acudido dios alguno, y todos perecieron de miserable muerte. Únicamente su padre, que sin ser cristiano temió al dios por ellos invocado, había visto llegar su hora postrera en paz, respetado y querido. En disposiciones tales, refiere el obispo Eusebio en su historia de Constantino, su alma ascendió aún más arriba, y elevó ferviente plegaria á aquel Dios único que era para él el Dios ignoto, suplicándole que se le diera á conocer y le prestara, como hiciera con Constancio, el auxilio de su brazo.

En aquel momento, poco despues del medio dia, á los atónitos ojos del príncipe y de los guerreros que le rodeaban y seguían, apareció en el cielo, encima del sol, una señal extraña: una cruz luminosa con una inscripcion en caractéres griegos que decía: *Por esta señal vencerás.* Una segunda revelacion completó la primera: á la siguiente noche vió Constantino en sueños á Jesucristo llevando en la mano una cruz como la que brillara en el cielo.

«—Colócala, le dijo, en los pendones de tus soldados.»

Constantino quedó subyugado: al asomar el dia refirió á sus asombrados capitanes la divina vision, y llamando luego á varios orífices les describió la imágen que se le apareciera en el cielo y en sueños para que labrasen una igual en oro y piedras preciosas. Así se hizo, y el estandarte con el monograma de Cristo, formado con las dos primeras letras griegas de su nombre, guió desde aquel dia á las legiones de Constantino. *Labaro* fué llamado, nombre singular cuya etimología no se sabe.

Al mismo tiempo eran convocados varios sacerdotes cristianos para que instruyeran en su religion al imperial converso, y desde entónces, aunque sin recibir el bautismo, sin ser canónicamente admitido en el número de los catecúmenos, profesó la verdad cristiana. Transcurrido

poco tiempo, su madre, su hermana, prometida esposa de Licinio, su suegra Eutropia y su esposa Fausta se convirtieron al cristianismo. El más grande acto que jamas príncipe alguno ha hecho en bien del linaje humano quedaba realizado.

Y para que el contraste fuese completo Maxencio, que no había querido ponerse á la cabeza de sus tropas y esperaba en Roma á su enemigo, hallábase rodeado de augures, adivinos y magos, que investigaban la voluntad de los dioses en las entrañas de las víctimas, si bien eran víctimas no usadas por el paganismo romano: leones y hasta ¡horror causa decirlo! mujeres embarazadas. ¡Espantosa agonía del paganismo espirante!

En el campamento de Constantino alimentábanse las más risueñas esperanzas, por más que la prudencia hubiese de considerar temeraria empresa el paso de los Alpes. Formaban el ejército de Maxencio las legiones de Italia, África y Sicilia en número de ciento y setenta mil infantes y diez ocho mil jinetes, al paso que Constantino, que no pudo dejar sin defensa la frontera del Rhin, sólo contaba con veinticinco mil legionarios y cincuenta y cinco mil auxiliares galos y bretones. Esto no obstante, poseidos todos de bélico ardimiento imponían con su actitud silencio á los prudentes, y hasta se decía que celestes legiones, armadas con corazas y escudos de fulgurante brillo, volaban hacia los Alpes como para mostrarles el camino y pelear en su auxilio.

Sin que las numerosas fuerzas de Maxencio pudiesen impedirlo, los soldados de Constantino penetraron en Italia, rindieron á Turin y Milan, vencieron en campal batalla dada en las inmediaciones de Verona, y avanzaron contra Roma. Ni áun en aquel supremo peligro consiente Maxencio, dominado más que nunca por la supersticion y el miedo, en salir al campo: dice habérselo prohibido los dioses, pues de este modo, á ser su ejército otra vez vencido, podría él sostenerse en la ciudad ante cuyas fortificaciones habia retrocedido recientemente Galerio.

El ejército, no el emperador, salió, pues, al encuentro del osado enemigo, y atravesando el Tiber por el puente Milvio *(Ponte Molle)* y por un puente de barcas á poca distancia construido con mecanismo tal que podía ser instantáneamente cortado, llegó á los llanos de *Saxa rubra,* distantes nueve millas de Roma. En tanto Maxencio, para celebrar en la capital el séptimo aniversario de su promocion al imperio, reune al pueblo en los juegos del circo; pero indignados los asistentes al ver allí á su emperador miéntras por su causa iba á correr la sangre en las puertas de Roma, prorumpen en murmullos; óyense algunas voces en favor de Constantino, y el príncipe se retira asustado. Con varios senadores se dirige á consultar los libros sibilinos, y en ellos lee un oráculo que le llena de contento: «En este dia, dice, perecerá el enemigo del pueblo romano.»—El enemigo del pueblo romano es Constantino, grita Maxencio; y seguro de la victoria quiere ser de ella testigo. Resuelve entónces salir de la ciudad, y montando á caballo pasó el puente al mismo tiempo que alzaban el vuelo desde las murallas con tristes graznidos numerosas aves de la noche. El presagio fué muy comentado y causó en los circunstantes impresion siniestra.

Y el suceso les dió razon cumplida. Constantino acababa de dar comienzo á la pelea (28 octubre de 312), cargando al frente de su caballería gala con todo el furor de un leon á la vista de su presa. El magnífico penacho de su dorado yelmo le descubría á todas las miradas y atraía contra él todos los golpes. A la primera acometida la caballería de Maxencio volvió grupas; los Italianos se desbandaron tanto por miedo como por deseo de verse libres del tirano, y únicamente los pretorianos resistieron miéntras quedó uno con vida. Cubierto con sus cadáveres el llano, la derrota se hizo general, y en aquel momento llegó Maxencio al campo de batalla. Su ejército, arrollado hasta la márgen del rio, se precipitó en desórden hacia los dos puentes, y en especial al de barcas, más inmediato; pero fueron tales la muchedumbre y el aprieto que el último, por rotura ó por efecto de jugar ántes de tiempo el dispuesto mecanismo, se abrió debajo de los piés de los fugitivos. El desórden fué entónces espantoso; hombres y caballos cayeron precipitados al rio, y el nadar de los más esforzados y los convulsivos movimientos de los moribundos, los alaridos y el tumulto formaban un cuadro de horror y confusion que recordaba uno de los milagros más estupendos referidos en la Sagrada Escritura. A buen seguro que á su vista más de un cristiano del ejército de Constantino, repitiendo el cántico de Moisés, exclamaría:

«—Caballo y caballero, precipitados al mar, han sido sumergidos como plomo en aguas impetuosas. ¿Quién semejante á tí entre los fuertes, Señor? ¿Quién semejante á tí, magnífico en santidad, terrible y loable, hacedor de maravillas?»

Maxencio cayó con su caballo al rio, y retenido entre el fango de su lecho por el peso de la armadura, se ahogó. Su cuerpo fué hallado el siguiente dia en el mismo punto donde cayera, y su cabeza, clavada en una lanza, fué paseada por las calles de Roma en medio de los ultrajes que la plebe prodiga siempre á los vencidos.

El gran duelo que en este capítulo hemos someramente referido, el rudo combate entre el paganismo y la religion de Jesucristo quedaba terminado: la victoria coronaba al fin en la tierra á los defensores de la verdad y del bien.

A poco espectáculo más consolador y digno que los agravios inferidos á la memoria de Maxencio, ofrecióse á los ojos del pueblo romano: el vencedor verificó su solemne entrada en la ciudad de los Césares. Era Constantino un Ilirio cuya vida había transcurrido fuera del recinto de Roma; César de las Galias hacía seis años, destronaba á un príncipe elevado al solio por un alzamiento del mismo pueblo romano; era, en fin, cristiano y en sus banderas veíanse los emblemas del cristianismo. Y sin embargo, los autores todos, áun los paganos, atestiguan el alborozo con que fué recibido: eran aquellos Césares idólatras tan cinicamente codiciosos y tan inútilmente crueles, era su libertinaje tan monstruoso y degradante, que el pagano Maxencio no dejó ni un solo recuerdo de pesar en la Roma pagana.

«Increibles parecen, dice el historiador gentil Aurelio Víctor, el gozo y la alegría que experimentaron el pueblo y el Senado al saber la muerte de Maxencio, acreditando otra vez que no hay hombre más amado y popular que quien castiga á un tirano.»

«Y en efecto, añade el vizconde de Champagny, la soberanía del césar cristiano era el reverso de la desatentada soberanía de aquellos césares paganos.—Era la paz, conforme lo experimentaban hacia seis años las Galias, al tiempo que Italia era devastada por las guerras.—Era la clemencia, pues á excepcion de un corto número, los parciales de Maxencio, áun aquellos cuyo suplicio reclamaba el pueblo, conservaron vida, bienes y hasta dignidades. Los pretorianos, de los que podía decirse que reinaran junto con Maxencio y con igual desenfreno; aquellas legiones que con tanto denuedo defendieran su causa, fueron sencillamente licenciadas y su cuartel en Roma derribado para borrar hasta la memoria de la peligrosa milicia.—Era la libertad, pues en virtud de órdenes emanadas inmediatamente de Roma, los proscritos de Maxencio salieron de las cárceles, volvieron del destierro y recobraron sus perdidos bienes.—Era el amor y la asistencia al pobre; no aquellas dádivas groseras é interesadas hechas á quien podía ganarse el sustento, sino la caridad inteligente que consolaba á los enfermos, socorría á las viudas y dotaba á los huérfanos.—Era el honor en vez de la degradacion... era el respeto á las buenas costumbres, y tanto como Maxencio y sus parciales habían saciado sus pasiones atropellando honor, dignidad y albedrío, tanto fué en este punto irreprensible el hijo de Constancio. La hermosura dejó de ser para la mujer motivo de contínuo susto; «bajo el reinado de Constantino, príncipe de »morigeradas costumbres, la belleza, dijo el pagano »Nazario, dejó de ser aguijon de las pasiones impuras »para no ser más que el ornamento de la castidad.»—Era, en una palabra, una atmósfera más pura que se extendía por la antigua Roma, infectada por tanta corrupcion. Los paganos no acertaban á saber de dónde procedia ni qué viento la había traido, pero la respiraban locos de contento.»

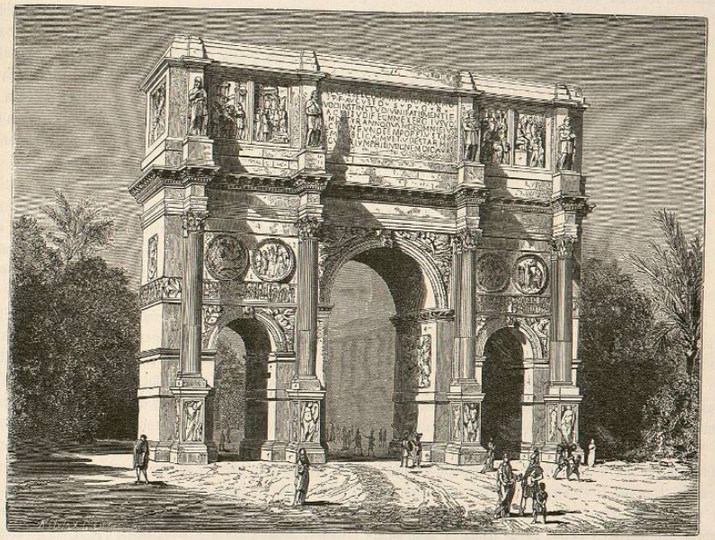


Fig. 736.— Arco de Constantino.

Príncipe y súbditos quisieron perpetuar la memoria del triunfo y de la libertad con dos monumentos, uno de los cuales subsiste todavía. Constantino erigió su propia estatua; el Senado le dedicó un arco triunfal. La esta-

tua, elevada en sitio muy frecuentado, tenía en la mano una lanza en forma de cruz, y en el pedestal se leía esta inscripcion:

«Por este signo salvador, verdadero emblema de fortaleza, he librado á vuestra ciudad del yugo de una dominacion tiránica y he dado libertad al Senado y al pueblo romano, restituyéndoles el esplendor y la dignidad antigua.»

El arco de triunfo, construido á toda prisa, monumento de un arte en decadencia al que se aplicaron bajo-relieves á todas luces arrancados de otros edificios y destinados á recordar otros acontecimientos, subsiste aún junto al Coliseo. En él se lee sin trabajo la siguiente dedicatoria:

IMP. CAES. FL. CONSTANTINO
MAXIMO
P. F. AVGUSTO. S. P. R
QVOD. INSTINCTV. DIVINITATIS. MENTIS
MAGNITVDINE. CVM. EXERCITV. SVO
TAM. DE. TYRANNO. QVAM. DE. OMNI. EIVS
FACTIONE. VNO. TEMPORE. JVSTIS
REMPVBLICAM. VLTVS. EST. ARMIS
ARCVM. TRIUMPHIS. INSIGNEM
DICAVIT

«Al gran emperador Flavio César Constantino Augusto, quien, por la inspiracion de la Divinidad y la grandeza de su genio, ayudado por su ejército, ha vengado á la república, por medio de sus armas justicieras, del tirano y de su faccion, el Senado y el pueblo romano han dedicado este arco de triunfo.»

En el arco no se ve la cruz, y este hecho es elocuente indicio del estado social del imperio en aquella época de transicion: el emperador, muchos magnates, una parte del pueblo y del ejército eran cristianos; la mayoría del Senado y lo que puede llamarse alta administracion, continuaron siendo paganos. Aunque cristiano de corazon y con decision bastante para no ocultarlo, Constantino no se propuso que el imperio se hiciese inmediatamente cristiano con él, ni que recibieran el bautismo pueblo y gobernantes. La potestad pública, por algun tiempo todavía hubo, de permanecer oficialmente pagana con sus recuerdos, sus formas y sus ceremonias gentílicas, limitándose el emperador á no tomar en esos ritos personal participacion, y si el dia de su triunfo no subió al Capitolio, lo verificó el Senado. Sin embargo, no habia ya nadie en el imperio que se atreviese á pretender ni á desear que el cristianismo continuase siendo como ántes un culto proscrito: era mucho el bien que hacía para negarle el derecho de ciudadanía, y hasta los más fanáticos se habrían avergonzado de seguir tratándole como malhechor. La humanidad comenzaba á entrever de dónde recibía la existencia y la paz, y entre el paganismo aún poderoso y la verdad cristiana ya invencible eran la libertad y la tolerancia una transaccion necesaria, inevitable, por todos prevista. La Iglesia no necesitaba más para cambiar en poco tiempo la faz del imperio.

Reunidos en Milan Constantino y Licinio en marzo del año 313, realizaron aquel acto tan justo como necesario. El culto cristiano hasta entónces oficialmente ultrajado, áun en los decretos que le eran favorables, vióse colocado de pronto en la misma línea y en igualdad completa con el antiguo culto de Roma. El decreto para ello publicado en forma de un rescripto enviado á los magistrados del imperio, decía así:

«Nos, Constantino y Licinio augustos, reunidos felizmente en Milan para tratar de cuanto puede contribuir al bien y á la seguridad del Estado, hemos considerado que entre varias disposiciones útiles, ninguna lo era tanto ni tenía tanta premura como poner órden en lo que concierne al culto de la Divinidad y facultar así á los cristianos, como á todos, para que profesen la religion por ellos preferida. Haga esto que desde su mansion celeste sea la Divinidad indulgente y propicia para nosotros y cuantos viven bajo nuestro imperio. Declaramos, pues, con deliberado y prudente consejo, que á nadie ha de impedírsele abrazar la religion cristiana ó aquella otra que le parezca, derogando con la presente las disposiciones tomadas respecto de los cristianos en rescriptos precedentes y estableciendo pura y sencillamente que cuantos quieran practicar el cristianismo lo verifiquen sin ser maltratados ni molestados. Quedan, pues, los cristianos en absoluta libertad de profesar y seguir su religion, y lo mismo decimos, para asegurar la paz del imperio, de otras religiones y sectas. Adoren todos y cada uno á la Divinidad como consideren mejor, ya que no es nuestro ánimo restringir ni coartar en lo más mínimo los homenajes que á aquélla se tributan.

»En lo que concierne particularmente á los cristianos, establecemos y mandamos que si los lugares en que verificaban sus reuniones hubiesen venido en virtud de anteriores disposiciones á poder del fisco ó de otros, séanles restituidos gratuita é inmediatamente sin que impida el mayor valor que puedan tener ni otra razon ni excusa alguna. De haber sido comprados ó cedidos, compradores y donatarios podrán dirigirse á nuestro vicario para obtener de nuestra Benevolencia lo que juzgue del caso hacer en favor suyo. Cuida, empero, de que sin demora sean devueltos esos bienes á las comunidades de cristianos; y como esos mismos cristianos poseían, no como privadas personas sino en nombre de sus corporaciones ó iglesias, otros bienes ademas de los dichos, es nuestra voluntad que á tenor del mismo principio, sin dilaciones ni subterfugios, les sean tambien devueltos, siempre en la inteligencia de que por su restitucion gratuita podrán los actuales poseedores esperar ser indemnizados por nuestra Benevolencia. Para el cumplimiento de todo lo dicho ampararás á las expresadas comunidades cristianas con tu eficaz proteccion, procurando que en el más breve plazo posible quede ejecutada la órden en la cual cifra nuestra Clemencia el sosten de la tranquilidad pública. Con ello alcanzarémos, como decíamos ántes, que el favor divino, por nosotros tantas veces experimentado, continúe otorgándonos buen suceso en nuestras empresas y asegurando la ventura del Imperio. Y á fin de que este rescripto de nuestra Benevolencia llegue á conocimiento de todos, dispon que de él se saque copia autorizada con tu sello y que se fije en los sitios acostumbrados para que nadie pueda ignorar este acto de nuestra voluntad.»

Licinio, que en la conferencia estuvo sin duda bajo el influjo de su colega prestándose en todo á sus propósitos, no opuso por de pronto resistencia alguna á la gran transformacion decretada. Con mayor fundamento podía temerse que la hiciera Maximino Daya, heredero de las tradiciones de Galerio, inútil aliado de Maxencio, enemigo de Constantino, que continuaba en sus Estados cruel persecucion contra los cristianos. Esto no obstante, al recibir el edicto de Milan con prevencion de conformarse á lo decidido por mayoría en el imperial consejo, disimuló y obedeció, reproduciendo el rescripto en otro, en el cual trataba de justificar su conducta anterior y en términos equívocos prometía á los perseguidos tolerancia y libertad.

Pero debajo de aquellas pacíficas apariencias ocultaba bélicos proyectos, y de pronto invadió con poderoso ejército los estados de Licinio. Acudió éste desde Milan, donde aún se hallaba, y aunque con fuerzas muy inferiores, le venció y le obligó á huir hasta Tarsis, donde murió víctima de veneno ó de horrible enfermedad.

Licinio, despues de mostrarse animado de implacable saña contra la familia y los parciales del vencido augusto, volvió sus fuerzas contra Constantino aspirando á ser único emperador. Habiendo llevado lo peor en una primera campaña (año 314), vivió algunos años en paz con su colega; pero en ellos, conociendo que en los cristianos podría tener éste el dia de nuevas hostilidades decididos auxiliares, dióse otra vez á perseguirlos, tocándole ser en la larga tragedia que vamos refiriendo el último perseguidor de la Iglesia. Distintos fueron los suplicios empleados, muchos los mártires que en ellos perecieron, de modo que al estallar nueva guerra entre Constantino y Licinio, tuvo todos los caractéres de una lucha religiosa. De un lado Licinio, rodeado de adivinos egipcios, de augures, de intérpretes de sueños, ofrecía sacrificios á los ídolos; llegada que fué la víspera de la batalla, oyósele en un bosque sagrado, en medio de las imágenes de sus dioses y de las antorchas en su honor encendidas, decir á sus soldados que la victoria iba á decidir aquella vez para siempre entre los dioses del Olimpo y el Dios de los cristianos, «extranjero é ignorado.» En el opuesto ejército cincuenta guardias de Constantino, elegidos entre los más esforzados, rodeaban y llevaban relevándose el lábaro, reproduccion de la cruz tal como el hijo de Constancio la viera en el cielo. En su campo se encontraban varios obispos, y como seña el dia de la batalla dió Constantino estas palabras: *Dios Salvador*. A una legua de Andrianópolis, en los mismos campos donde diez años ántes venciera Licinio á Maximino Daya, empeñaron ámbas huestes la pelea (año 323), y la de Licinio quedó rota y deshecha. Otra vez llegaron á batallar á los dos meses, y tambien fué adversa á Licinio la suerte de las armas. Prisionero de Constantino y puesto en libertad, fué á poco sentenciado á muerte y ejecutado.

La gran revolucion quedaba consumada: el imperio de Roma, poco hacía repartido entre príncipes paganos, volvía á la unidad bajo un cetro cristiano. Aquella potestad imperial que, pagana, hiciera de la persecucion contra la doctrina de Jesucristo una de sus leyes fundamentales pertenecía ahora á un hijo de la Iglesia.

Vencido Licinio y en pacífica posesion del imperio Constantino usó de su victoria y de su gran poderío en beneficio de la verdad y del bien. Las leyes que prohibían las supersticiones privadas y los sacrificios extranjeros fueron cumplimentadas con rigor y extension desusados y gran número de santuarios y altares quedaron así destruidos. Al propio tiempo, en nombre de la moral y del público pudor, abrióse contra el paganismo un proceso cuyo desenlace veía con justo aunque tardío aplauso la opinion pública: los templos de Afaco, en Fenicia, y de Egea, en Cilicia, fueron demolidos por haberse celebrado en su recinto orgías dignas de Sodoma y Gomorra; igual suerte tuvo el de Heliópolis por haber sido convertido en lugar de prostitucion pública, y la misma tendrían otros varios ya que, segun llevamos explicado, el mayor número de templos paganos eran asilo de vergonzosa inmoralidad. Esas ejecuciones, dicen los autores de la época, eran llevadas á cabo con gran facilidad y sin ningun aparato de fuerza: dos ó tres agentes del prefecto bastaban para sacar de sus santuarios á los adivinos y profetisas y despojar á los ídolos de su brillante vestidura mostrando al público la tosca materia de que estaban formados.

El paganismo, bien lo sabemos, no era más que un vasto cuadro de regular y consagrada inmoralidad, acerca de la cual únicamente el prestigio religioso pudo adormecer la conciencia pública, por más que corrompida y voluntariamente ciega; desde el momento en que el prestigio desaparecía, sólo quedaba el escándalo. Quien no se acercase inclinados al suelo los ojos á los altares de Vénus, de Príapo, de Cibeles y de tantas otras deidades, era imposible que los viese sin indignacion y sin rubor, mayormente desde que el Evangelio, como sol en su oriente, había hecho llegar sus rayos á los más recónditos lugares del templo y á las profundidades de las sagradas selvas, inundando de luz ídolos inmundos, ceremonias obscenas y toda una escuela de delitos y de

libertinaje. Una vez recibido el impulso había de adelantarse mucho por este camino; refiere Eusebio que transcurridos pocos años los más famosos santuarios del paganismo en Oriente, donde eran muy numerosos los cristianos, quedaban en ruinas ó despojados de sus tesoros, que el Apolo délfico y el de Esminta, lo mismo que el venerado trípode, se veían como adornos de un hipódromo, y que las musas del Helicon decoraban el palacio imperial.

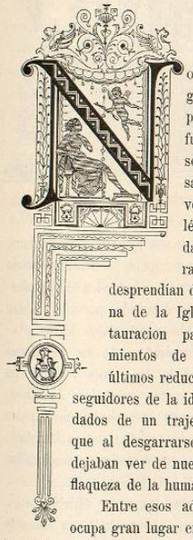
El efecto producido por estas disposiciones y ántes por el edicto de Milan, más que amnistía rehabilitacion civil de la mitad de los súbditos romanos, fué indescriptible y prolongado grito de alborozo que se elevó de todos los puntos del imperio. Despues de doscientos cuarenta y nueve años de escarnio, de odio, de vejaciones y suplicios; despues de haber dado á los verdugos, á las fieras, al fuego, á las aguas del mar y de los rios más de seis millones de víctimas [1], de aquel dia en adelante no más mártires, no más calumnias, no más persecuciones y atropellos de cuantos de cerca ó de léjos aspiraban á estar bien con el poder. Los católicos del siglo XIX pueden formarse remota idea de lo que hubieron de experimentar sus antecesores los cristianos del siglo IV. ¡Oh prodigio! Hablar los Augustos del cristianismo y no abominarle ni maldecirle, no calificarle de impío y rebelde! ¡En vez de befa respeto, en lugar de vejaciones proteccion decidida! Los cristianos no volvían de su asombro, y en todas partes y con transportes de alegría se reunían para celebrar las maravillas de la proteccion divina. Impasible el cristianismo ante la muerte y la tortura, habia logrado triunfar de toda la fuerza de los hombres; en aquella lucha entre dos adversarios en que el uno daba la muerte sin peligro de recibirla, y en que el otro la recibía sin pensar siquiera en darla, el que moría habia al fin vencido al que mataba. La cuchilla se había embotado contra pechos que sin resistencia se ofrecían á su filo! Hecho único ha sido en la historia, y de aquella abnegacion universal, de aquel heróico y pasivo esfuerzo, y sobre todo de aquella victoria alcanzada puramente á fuerza de morir sin haber apelado jamas á la fuerza material, no ha visto el mundo otro ejemplo.

Parecía, dice Eusebio, tanto era el contento, que para el universo entero había llegado el dia de suspirada fiesta, y el cristianismo, al aparecer de pronto á la claridad del sol, sorprendía á los paganos con la hasta entónces ignorada muchedumbre de sus fieles. Al rededor de los cautivos salidos de las cárceles, de los confesores que desde las minas volvían á su patria, inmenso gentío acudía para besar sus grillos, tocar sus gloriosas cicatrices y entonar á su paso cánticos de victoria. El sacrificio cristiano, que había debido hasta aquel dia permanecer en indigente oscuridad, rodeábase del esplendor que su santidad requiere y que la fé apetece. De las ruinas de las humildes capillas destruidas por la persecucion salian á poco vastas y magníficas iglesias; por todas partes veíanse dedicaciones de templos y asambleas de obispos, y de la alborozada multitud de todas edades, condiciones y sexos salía incesante é intensa expresion de fé, de caridad y agradecimiento.

[1] Sólo en las catacumbas ó cementerio de San Calixto de Roma fueron enterradas ciento setenta y cuatro mil.

CAPÍTULO IV.

Conatos de restauracion pagana. — Escuela de Alejandría. — Neo-platonismo. — Cábala y simbolismo. — Sectas gnósticas. — Los *eons*.— El *Demiurgo*.—Moral de los gnósticos.—Manés ó Maniqueo.—Su doctrina.



No sin resistencia veía el paganismo transformacion tan profunda; sabemos los esfuerzos que empleó la filosofía para comunicarle nueva savia, y no dándose aún por vencida persistía en su maléfica obra en la que la ayudaban las herejías que, cual ramas secas y muertas, se desprendían del tronco vivo de la doctrina de la Iglesia. Conatos eran de restauracion pagana, inútiles estremecimientos de una civilizacion caduca, últimos reductos en que se defendian los seguidores de la idolatría, harapos mal remendados de un traje raido hasta la urdimbre que al desgarrarse otra vez y muy pronto, dejaban ver de nuevo en toda su desnudez la flaqueza de la humanidad caida.

Entre esos adversarios del cristianismo ocupa gran lugar en la época en que de nuestro relato estamos el neo-platonismo de Alejandría, postrer destello del helenismo y de la filosofía, último sosten y y última apología del paganismo espirante.

La rica y turbulenta Alejandría, la ciudad medianera entre Grecia y el Oriente, entre Europa y Ásia, entre Roma y las Indias, entre Judíos y gentiles, entre el cristianismo y la idolatría; Alejandría, que había traducido la *Biblia* para los Griegos y enseñado las doctrinas de Platon á los Judíos, la ciudad que introdujera en Egipto las deidades de Homero y dado á Italia los dioses de Egipto, vió nacer á fines del tercer siglo y florecer á principios del cuarto una nueva secta filosófica, íntimamente unida al politeismo y heredera de las antiguas filosofías de Atenas y Estagira. Objeto de esta secta que se daba á sí propia el nombre de neo-platonismo, era reanimar la religion pagana inventando singulares teorías, y al propio tiempo que se mostraba acérrima adversaria de la idea cristiana, procurar reducir á una sola aquélla y ésta por medio de ingeniosas combinaciones y adulteraciones, que no es de hoy, ni mucho ménos, el pueril cuando no criminal deseo de conciliar lo inconciliable y de hermanar lo que es de suyo esencialmente distinto; era, en una palabra, un sistema destinado á reunir en un vasto eclecticismo cuantas doctrinas de espiritualismo y de moral se habían producido.

Como conciliaba á Platon con Aristóteles habría querido esa escuela más que todo conciliar un vestigio cualquiera de paganismo con la luz intelectual por el cristianismo encendida en todas las almas. Salvar al paganismo reformándole; no romper con la tradicion hereditaria desechando, empero, lo que había en ella de pueril y degradante; ser razonable y religioso y sin embargo no ser cristiano, este había sido en distintas épocas y con circunstancias varias el propósito de Plutarco, de Séneca y otros, y este era entónces el del pitagórico Plotin.

Así, en efecto, se llamaba uno de sus más famosos fundadores, mirado por sus discípulos como una especie de Apolonio de Tiana, y por ellos colocado fuera de este mundo, en los confines de otro superior. Su doctrina, explicada por su discípulo Porfiro, va principalmente encaminada á dar á la moral el apoyo dogmático que es de la misma indispensable base, y se propone acercar el hombre á Dios y purificarle con el contacto de la Divi-